

El conejito Pompón

¡Es mi gato! ¡No es el gato de Dios! ¡Que Dios tenga su propio gato! ¡Que Dios tenga todos los malditos gatos viejos que quiera y los mate a todos!

No, no es Cristo. Esto se hizo para propiciar a una divinidad mucho más antigua que la cristiana. La gente la ha llamado de diferentes maneras en diferentes épocas, pero creo que la hermana de Rachel le dio un nombre perfecto: Oz el Grande y Terrible, dios de las cosas muertas que yacen en la tierra, Dios de las flores podridas en las zanjas de drenaje, Dios del Misterio.

A veces muerto es mejor.
(Stephen King, *Pet Sematary*)

Juan Pablo me contó esta historia, que ahora preciso contarte. Resulta que hacía un día bellissimo y sereno, mientras él disfrutaba de un café un sábado por la mañana en su cocina, mirando por la ventana que daba al patio. Divisaba las montañas, el tiempo espeso de la tierra, espeso como la piedra de esas montañas y su vetusta pantonera de estratos y gradientes de tonalidades amarillas, terracotas, rojizas, moradas. Caía el sol torrencial, que era un baño de luz. Ahí estaba Juan Pablo, con su café en mano y la mirada atenta a las montañas y el cielo azul, por la mañana temprano, rocío en las hojas de los árboles, luz tibia e intensa, aire liviano y el canto de los loros trichahue que ya se habían dejado ver desde el mes de noviembre. Su mirada se fijó en un punto del cielo donde había un cernícalo en vuelo estacionario, suspendido, casi inmóvil, entre quince y veinte metros de altura sobre el terreno, esperando avistar alguna presa para precipitarse en picado o descender con las alas abiertas y silenciosamente sobre ella. Curiosa mezcla entre presencia, ausencia e inminencia. Pensaba en las presas de los cernícalos, que suelen ser pequeños mamíferos, fundamentalmente roedores, pequeños pájaros, reptiles, grandes insectos, gusanos y ranas. Y recordaba que se trata de un ave que suele ser utilizada como iniciación en el mundo de la cetrería, un arte de la caza en que los humanos, a través de un “amaestramiento”, hacen que el ave cace para ellos. Se preguntaba cómo sería el “trato”: si el ave, por ejemplo, salía dos veces y la primera volvía con un ratón y la segunda con un conejo, ¿acaso el ave festinaría con el ratón mientras los humanos escabechan un conejo? De pensar en esas justicias o ajustes o quizás injusticias simbióticas, pasó a reflexionar sobre los campos muertos bajo el cielo de diciembre, los pétalos de rosas dispersos, de color marrón y arqueados en los bordes, los estanques vacíos cubiertos de algas, podredumbre, descomposición, los caminos polvorientos...

En eso estaba Juan Pablo, digo, cuando, junto con bajar del cielo al suelo en el paisaje de su imaginación, bajó también los ojos y a través de la ventana en el patio vio a su perro, Dharma, jugando feliz de la vida con un bulto blanco al que daba tarascones y lanzaba de un lado a otro, moviendo la cola eléctricamente. Juan Pablo pensó que Dharma había sacado una bolsa de basura del depósito del patio, por lo que se apresuró a salir a quitársela para evitar que la rompiera dejando un estropicio. Dejó rápidamente su taza de café sobre la mesa de la cocina, abrió la puerta y, cual repentina presa del terror, quedó paralizado con el paso suspendido frente

a la escena: lo que Dharma tenía en el hocico no era una bolsa de basura, sino el cuerpo sin vida del conejo de la vecina, el conejito Pompón. Escaneando la escena a la redonda, reparó en que Dharma había cavado un hueco por debajo del cerco verde para pasar al patio de la vecina, y seguramente por ahí se pasó y atrapó al conejito Pompón, dándole muerte. Ocurre que la señora Encarnación vivía sola, siendo viuda, y con sus hijos ya hace años radicados en la capital. Hace alrededor de cinco años había traído a vivir con ella un conejo blanco, de pelo largo y ojos rojos, bellissimo y particularmente cariñoso con la viuda. El conejito le hacía sus gracias, y la vecina le hablaba cuando salía al patio –Juan Pablo a menudo la escuchaba a través del cerco verde que separaba sus patios. Usualmente ella le recitaba algunas líneas de libro de Lewis Carroll de 1865 *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, donde aparece el Conejo Blanco con chaleco murmurando “¡Ay querida! ¡Ay querida! ¡Llegaré demasiado tarde!” –se trata del animal al que Alicia sigue por su madriguera hacia el País de las Maravillas. “¡Llego tarde, llego tarde, a una cita muy importante! No hay tiempo para decir ‘Hola, adiós’ ¡estoy atrasado, atrasado, atrasado!” –decía el Conejo Blanco, una y otra vez. También le recitaba la célebre cita de *El Conejo Aterciopelado*, cuento infantil británico de 1921 escrito por Margery Williams Bianco, “Una vez que eres real no puedes volver a ser irreal. Dura para siempre”, quizás pensando en la esencia de la verdadera amistad y el amor. En la historia, el Conejo aprende que para volverse real es necesario ser amado y apreciado por alguien especial: es la historia del deseo de un conejo de peluche de volverse “real” gracias al amor de su dueño. Desafortunadamente, ahora el conejito Pompón aparecía entre las fauces de Dharma, con su cuerpecito todo enterrado –en verdad embarrado, quizás por la misma baba del perro mezclada con la tierra, pensó–, y con la turbadora mueca de la muerte impresa en su rostro.

La vecina tenía su carácter. En ese lapso de cinco segundos de espanto, análisis y parálisis, Juan Pablo se pasó la película de que la señora Encarnación no iba a aceptar la realidad del “accidente”, que se iba a enfurecer ante la tragedia e iba a llamar a los pacos para denunciar a Dharma y llevarlo al cadalso perruno. Los pacos iban a venir a buscar a Dharma para sacrificarlo. *Quid pro quo*. En la inminencia del desastre, con el deseo ilimitado que alimenta el ansioso temor a la muerte, Juan Pablo no podía imaginarse el viaje de la vida sin Dharma, la pérdida de su compañero que hartó mal lo había pasado en su viaje por la vida antes de ser adoptado por Juan Pablo. Al menos no podía imaginar que eso ocurriera sin intentar hacer algo para impedirlo. No iba a dejar que mataran a Dharma. En ese minuto, movido por la desesperación, acometió uno de esos actos en los cuales los últimos hilos de la cordura humana se cortan irremediamente. “Condiciones extremas –se dijo a sí mismo– demandan respuestas extremas”. Se acercó a Dharma para quitarle el cuerpo del conejo, pero Dharma lo soltó antes para correr feliz a saludarlo. Juan Pablo recogió cuidadosamente el cuerpo del conejo del suelo, miró alrededor esperando no encontrar testigos y se dirigió a la casa con él en brazos. “No van a matar a Dharma”, decía una y otra vez. Se aseguró de que estuviera el *cafe* prendido y fue directo al baño. Depositó al conejo dentro de la tina y echó a correr agua tibia. Lavó cuidadosamente el cuerpo del conejito Pompón, sacando la tierra de su albo pelaje, disolviendo los terrones, desenredando los mechones con un cuidado forense. De la casa del vecino del otro lado se escuchaba sonando un álbum de Dead Can Dance, uno de esos de “neoclassical dark wave”, como dicen, que sacaron a fines de los ochenta. Le sacó la tierra de los ojos y se los cerró con un pañito. Cortó el grifo del agua. Lo intentó secar cuidadosamente con una toalla. No se veía nada bien todo mojado, así que

lo comenzó a secar con un secador de pelo. Ya no parecía un cadáver mojado, sino un conejo durmiendo. Teniéndolo a mano cerca de la tina de baño, se le ocurrió ponerle un poco de talco, pero en un atisbo de prudencia pensó que sería excesivo. Igual le echó *un poquito*. “Me estoy volviendo loco”, pensó Juan Pablo asombrado. “¡Waaaaaa!” No alcanzó a preguntar para qué hacía lo que hacía, cuando ya lo vio claro: iría a dejar el cuerpo a su cajita a la salida de la cocina de la vecina, que era donde el conejito tenía su camita. Ahí lo encontraría la señora Encarnación cuando saliera al patio más tarde, como durmiendo, tranquilito. El fin último estaba claro. Así sería todo menos tremendo para todos. Dicho y hecho, salió raudo con el conejo en brazos, ahora reluciente, y se pasó al patio de la vecina por el mismo hueco que Dharma había cavado debajo del cerco verde. Dharma alucinaba con la situación, saltando alrededor. Juan Pablo se aseguró de que la vecina no estuviera en el patio, y se deslizó agachado hacia la entrada de la cocina, bajo el cobertizo, para dejar el cuerpo del conejo depositado en la cajita, en una escena de reposo, lejos de toda *Pietá* retorcida de dolor. *Mise en scène*: ahí lo acomodó bien y se deslizó velozmente de vuelta, tapando y disimulando con ramas el hueco que el perro había cavado debajo del cerco verde, con el *mismísimo* Dharma dándole ánimos alrededor con saltitos y estornudos. Ahora sólo cabía esperar.

* * *

Aproximadamente a las once de la mañana se escuchó el grito ahogado de la señora Encarnación. Juan Pablo, que estaba pendiente tomando café en la cocina con la puerta abierta hacia el patio, saltó y acudió inmediatamente en su ayuda, asomándose por encima del cerco verde y hablándole. Ahí estaba la vecina pasmada ante la escena del conejito Pompón en su *resplandeciente* último reposo.

—Vecina, ¿está bien? Uff, cuanto lo siento vecina... al menos parece que se fue en el sueño, tranquilito —dijo Juan Pablo.

La señora Encarnación, con los ojos enteramente abiertos y desorbitados, redirigió su mirada lentamente desde el conejo hacia el vecino, y le dijo, poniendo la voz en una frecuencia extraña:

—Esto... esto... esto... *no es posible*.

No dejaba de mirarlo, sin pestañar, apuntando con su mano huesuda y temblorosa hacia el conejito yerto, hasta que tras un par de segundos prosiguió:

—Pompón murió hace dos días. Lo enterré ayer en el rincón del patio donde están las rosas, y ahora ahí donde estaba su tumbita hay sólo un hoyo... y él está aquí de nuevo, mírelo, ¿cómo... es... *esto*...?

El perro miraba la escena con la lengua afuera. Al parecer era el único que no había caído en engaño alguno. Dharma tenía que ser el único que tenía la película bien clara, como un intelecto en acto puro, aunque miraba a Juan Pablo y a la vecina —y al conejo por entre las ramas del cerco verde— como no entendiendo nada. La señora Encarnación seguía en su estupor y Juan Pablo, no sabiendo qué decir, y, también estupefacto, le dijo:

—Lo siento vecina... pero a ver... *esas cosas pasan...*
—¡No me venga con esas mierdas —vociferó la señora Encarnación con los ojos encendidos de cólera—, yo estoy con Cristo y los muertos no vuelven!
—Pero cómo...

* * *

Pompom Bunny

He's my cat! He's not God's cat! Let God have his own cat!
Let God have all the damn old cats He wants, and kill them
all!

No, not Christ. These leavings were made in propitiation of
a much older God than the Christian one. People have
called Him different things at different times, but Rachel's
sister gave Him a perfectly good name, I think: Oz the Great
and Terrible, God of dead things left in the ground, God of
rotting flowers in drainage ditches, God of the Mystery.

Sometimes, dead is better.
(Stephen King, *Pet Sematary*)

Juan Pablo told me this story, which I now need to tell you. It was a beautiful and serene day, while he was enjoying a cup of coffee on a Saturday morning in his kitchen, looking out the window that overlooked the backyard. He could see the mountains, the thick temporality of the earth, thick as the stone of those mountains and its ancient pattern of strata and gradients of yellow, terracotta, reddish, purple tones. The pouring sun falls, which is a bath of light. There was Juan Pablo, with his cup of coffee in hand and his attentive gaze at the mountains and the blue sky, early in the morning, dew on the leaves of the trees, warm and intense light, light air and the song of the trichahue parrots that had already been seen since November. His gaze was fixed on a point in the sky where there was a kestrel in hover, suspended almost motionless, between fifteen and twenty meters above the ground, waiting to spot some prey to swoop down or descend with open wings and silently on it. A curious mix between presence, absence and imminence. He was thinking about the prey of kestrels, which are usually small mammals, mainly rodents, small birds, reptiles, large insects, worms and frogs. And he recalled that it is a bird that is usually used as an initiation into the world of falconry, an art of hunting in which humans, through "training," make the bird hunt for them. He wondered what the "deal" would be like: given the case the bird went out twice and the first time came back with a mouse and the second time with a rabbit, would the bird feast on the mouse while the humans pickle a rabbit? From thinking about those symbiotic justices or adjustments or perhaps injustices, he went on to reflect on the dead fields under a December sky, scattered rose petals brown and turning up at the edges, empty pools scummed with algae, rot, decomposition, the dusty roads...

That's what Juan Pablo was in, I say, when, along with descending from heaven to the ground in the landscape of his imagination, he also lowered his eyes and through the window in the backyard he saw his dog, Dharma, happily playing with a white lump that he shook and threw from side to side, moving his tail electrically. Juan Pablo thought that Dharma had taken a bag of garbage from the backyard trash can, so he hurried out to take it from him to prevent him from tearing it, leaving a mess. He quickly placed his cup of coffee on the kitchen table, opened the door and, suddenly prey of terror, stood paralyzed with his step suspended in front of the scene: what Dharma had in his mouth was not a garbage bag, but the lifeless body of the neighbor's rabbit, Pompom bunny. Scanning the scene around him, he noticed that Dharma had dug a hole

under the green fence to enter the neighbor's backyard, and surely, he went through there and caught Pompom bunny, killing him. It so happens that Mrs. Encarnación lived alone, being a widow, and her sons had been living in the capital city for years. About five years ago he had brought a white rabbit to live with her, a rabbit with long hair and red eyes, beautiful and particularly affectionate with the widow. The rabbit used to follow her around the backyard, and the neighbor talked to him —Juan Pablo often listened to her through the green fence that separated their backyards. She used to recite to him some lines from Lewis Carroll's 1865 book *Alice's Adventures in Wonderland*, where the White Rabbit appears wearing a waistcoat, and muttering "Oh dear! Oh dear! I shall be too late!" —it is about the animal that Alice follows down the rabbit hole into Wonderland. "I'm late, I'm late, for a very important date! No time to say 'Hello, Good Bye' I'm late, I'm late, I'm late!" —said the White Rabbit, over and over again. She also used to recite to him the famous quote from *The Velveteen Rabbit*, 1921 British children's story written by Margery Williams Bianco, "Once you are Real you can't become unreal again. It lasts for always", perhaps thinking about the essence of true friendship and love. In the story, the Rabbit learns that becoming real requires being loved and cherished by a special someone: it is the chronicle of a stuffed rabbit's desire to become "real" thanks to the love of its owner. Unfortunately, now, little Pompom bunny appeared between the jaws of Dharma, with his little body all covered with dirt—actually it was muddy, perhaps by the same dog slobber mixed with the dust, he thought—and with the disturbing grimace of death printed on his face.

The neighbor had a difficult character. In that period of five seconds of horror, analysis and paralysis, Juan Pablo played in his mind the movie that Mrs. Encarnación was not going to accept the reality of the "accident", that she was going to get angry at the tragedy and was going to call the cops to denounce Dharma and take him to the dog scaffold. The *pacos* (cops) were going to come look for Dharma to sacrifice him. *Quid pro quo*. In the imminence of disaster, with the unlimited desire that fuels the anxious fear of death, Juan Pablo could not imagine the journey of life without Dharma, the loss of his companion who had had a very difficult time on his life journey before being adopted by Juan Pablo. At least he couldn't imagine that happening without trying to do something to prevent it. He wasn't going to let them kill Dharma. In that instant, moved by desperation, he undertook one of those acts in which the last threads of human sanity are irremediably cut. "Extreme conditions," he told himself, "demand extreme responses." He approached Dharma to take the rabbit's body from his mouth, but Dharma let it go before running happily to greet him. Juan Pablo carefully picked up the rabbit's body from the ground, looked around, hoping to find no witnesses, and headed to the house with it in his arms. "They are not going to kill Dharma," he said, over and over again. He made sure the heater was on and went straight to the bathroom. He placed the rabbit in the tub and ran warm water. He carefully washed Pompom bunny's body, removing dirt from its white fur, dissolving the clumps, untangling the strands with forensic care. A Dead Can Dance album could be heard playing from the other side neighbor's house, one of those "neoclassical dark wave" albums, as they say, that they released in the late eighties. He removed the dirt from bunny's eyes and closed them with a cloth. He turned off the water tap. He tried to dry it carefully with a towel. It didn't look good all wet, so he started drying it with a hair dryer. He no longer looked like a wet corpse, but rather a sleeping rabbit. Having it on hand near the bathtub, he thought of putting a little talcum powder on it, but with a hint of prudence he thought it would be excessive. He added a little bit, anyway. "I'm going

crazy”, Juan Pablo thought wonderingly. “Wheeeeeee!” He didn’t manage to ask why he was doing what he was doing, when he already saw it clearly: he would go and leave the rabbit’s body in his little box at the exit of the neighbor’s kitchen, where the bunny had his little bed. Mrs. Encarnación would find him there when she went out to the backyard later, as if sleeping, very quiet. The ultimate goal was clear. That way it would be everything less tremendous for everyone. Said and done, he quickly left with the now shiny rabbit in his arms and went to the neighbor’s backyard through the same hole that Dharma had dug under the green fence. Dharma was amazed by the situation, jumping around. Juan Pablo made sure that the neighbor was not in the backyard, and crouched, he slipped towards the kitchen door, under the shed, to leave the rabbit’s body deposited in the little box, in a scene of repose, far from any pain twisted *Pietà*. *Mise en scène*: there he settled it well and quickly slid back, covering and hiding with branches the hole that the dog had dug under the green fence, with Dharma *itself* encouraging him around with little jumps and sneezes. Now he could only wait.

* * *

At approximately eleven in the morning, Mrs. Encarnación’s muffled scream was heard. Juan Pablo, who was expecting and drinking coffee in the kitchen with the door open to the backyard, jumped up and immediately came to her aid, peeking over the green fence and speaking to her. There was the neighbor, stunned by the scene of Pompom bunny in his *resplendent* final resting place.

—*Vecina* (neighbor), are you okay? I’m so sorry *vecina* ... at least it seems like he passed away dreaming, so peaceful—said Juan Pablo.

Mrs. Encarnación, with her eyes completely open and wild, slowly redirected her gaze from the rabbit to her neighbor, and said, putting her voice at a strange frequency:

—This... this... this... *is not possible*.

She kept looking at him, without blinking, pointing her bony hand towards the stiff bunny, until after a couple of seconds she continued:

—Pompom died two days ago. I buried him yesterday in the corner of the backyard where the roses grow, and now where his grave was there is only a hole... and he is here again, like *this*...

The dog watched the scene with its tongue out. Apparently, he was the only one who had not fallen into any deception. Dharma had to be the only one who had the film very clear, like an intellect in pure act, although he looked at Juan Pablo and the neighbor—and at the rabbit through the spaces between the branches of the green fence—as if not understanding anything. Mrs. Encarnación continued in her stupor and Juan Pablo, not knowing what to say, and, also stupefied, told her:

—I’m sorry, *vecina*... but, you know... *those things happen*...

—Don’t give me that shit! —Mrs. Encarnación shouted at him with her eyes burning with anger—I’m with Christ and the dead don’t come back!

—But how...